



La mirada de nosotros, Diego Giovanni Bermúdez Aguirre

**Adriana Gómez Gómez**  
Departamento de Ingeniería Civil e Industrial

# Mis gafas y yo

Cuando era niña yo era la cuatro ojos de la escuela, y sigo siéndolo. Por esta razón llevé a mi hijo al oftalmólogo ayer. Él apenas cumple 3 años en noviembre, pero decidí llevarlo porque yo tengo un defecto ocular llamado ambliopía, y es hereditario. Por tanto, hay una alta probabilidad de que él sufriera lo mismo. Y si es así, mientras más rápido comience el tratamiento será mejor.

La ambliopía, comúnmente conocida como ojo perezoso, es la pérdida de la visión de uno de los ojos y ocurre porque no se desarrolla la ruta nerviosa desde un ojo hasta el cerebro durante la infancia. En el caso de mi hijo el problema es que tiene un astigmatismo muy alto y es mayor en un ojo que en el otro. El médico me explicó que si no le ponemos gafas no se van a formar correctamente las conexiones hacia el cerebro y tendrá ambliopía en unos años. De ahora en adelante, el heredero de mis ojos tendrá que usar gafas permanentemente.

Pero esta historia no es sobre la ambliopía, porque además solo sé lo que he leído en internet y lo que

el médico me dijo. Esta es mi historia de usar gafas en una época donde el referente social de trato entre niños era el Chavo del Ocho y los que teníamos gafas éramos llamados cuatro ojos o gafufos.

Mi historia comenzó a los 6 años y medio, cuando mi profesora de primaria les dijo a mis padres que yo no veía bien lo que estaba escrito en el tablero, que me llevaran al oftalmólogo. Y lo hicieron. El médico dijo que mi ambliopía ya estaba muy avanzada, pues descubrieron el problema cuando yo tenía casi 7 años y a esta edad ya las conexiones con el cerebro se han formado y no queda mucho por hacer. Casi no recuperé la visión de mi ojo izquierdo. Además de ambliopía tengo miopía y astigmatismo. El tratamiento consistía en usar gafas y un parche en el ojo bueno, para estimular la visión del ojo malo.

Comencemos con las gafas. Eran horribles. En esa época las gafas eran de vidrio y eran más gruesas y pesadas que las de ahora. Mis gafas eran del tipo llamado comúnmente “fondo de botella”, pero solo el lado izquierdo, el derecho era normal. Eso causaba que al usar las gafas uno de los ojos pareciera más pequeño que el otro. Mejor dicho, me veía como el jorobado de Notre Dame. Eso sumado a que el marco era de una pasta traslúcida de colores. En mi caso, rosada, que no tenía nada que ver con los lindos colores y diseños de la actualidad. Mi mamá no ayudaba con la autoestima. Ella también tenía gafas y se las quitaba cada vez que le iban a tomar una foto. Ni ella ni yo tenemos fotos con gafas. El mensaje que recibí era que con las gafas me veía fea, por tanto, era un suplicio usarlas.

Sigamos con el parche. Aunque fuera para ayudar a corregir el defecto, limitaba bastante mi visión. No recuerdo por cuánto tiempo lo usé ni cuántas horas al día, pero sí recuerdo que me caía repetidamente, sobre todo bajando escaleras, porque el ojo que me tapaban

era el bueno y con el otro no veía mucho. Tengo una foto de cuando cumplí los 7 años. Con mi vestido blanco de boleros, mis zapatos negros de charol, mis medias blancas hasta las rodillas y mi parche blanco, eso sí, nada de gafas.

Recorrí todas las iglesias de Medellín y pueblos aledaños pidiéndole a Dios con fervor que ocurriera un milagro y me aliviara los ojos. En cada nueva iglesia que entraba, por recomendación de mis padres, le pedía a Dios la gracia de la buena visión, pues la creencia de la época decía que al visitar una iglesia nueva, una gracia te sería concedida. Me compraron dos medallas de los ojitos de Santa Lucía (ambas se me perdieron), la santa que milagrosamente siguió viendo después de que le sacaran los ojos. Si Santa Lucía podía ver sin ojos por su gran fe, porque yo no podría dejar de usar gafas, si se lo pedía a Dios, pero nunca me alivié. Hasta hoy uso gafas.

También recorrí todos los sitios de Antioquia donde habían ocurrido hechos milagrosos. Recuerdo particularmente una casa donde decían que había aparecido una imagen de Jesucristo en un cuadro. Recuerdo el lugar como una habitación oscura iluminada por velas. Yo, la verdad, no reconocí el rostro de Jesucristo, por más que me esforcé y entrecerré los párpados para ajustar la curvatura de mi córnea y ver mejor. Lo único que vi fue un papel arrugado pegado en la pared. Pensé que era por mi ambliopía, mi miopía y mi parche y cerré mis ojos en oración para pedirle a la hoja de papel arrugada que me concediera el milagro de la buena visión. Entiendo que mi mamá me llevara a todos esos lugares. Ella me dice que fue muy duro cuando el oftalmólogo le dijo que yo casi no veía por un ojo. Y como quería que me aliviara, me daba zanahoria todos los días porque era buena para los ojos, por sus vitaminas.

Mis gafas de pasta traslúcida cambiaron de colores y tamaños con los años. Ya en el bachillerato tenía unas gafas anaranjadas. Un día las dejé en la cama para ir a hacer algo y cuando volví me senté encima de ellas y se les quebró una pata justo donde se doblan. Mi papá me dijo que no había plata para unas gafas nuevas, que él me las podía arreglar. Y así fue. Les puso un morro de resina blanca para pegar la pata. Así pasé de tener unas gafas de ñoña a tener unas gafas de ultrañoña. Ya no podía doblar una pata de las gafas. Eso impedía que las pudiera guardar en su estuche. Yo no podía salir a la calle con gafas. Me las quitaba y las guardaba en el morral cuando salía del colegio. Me las ponía mientras esperaba el bus, para no irme a subir en el equivocado, y mientras subía las escaleras las tiraba en el morral. Aprendí la lección de nunca volverme a sentar en las gafas.

Cuando entré a la universidad, la ciencia había avanzado en el área de los materiales y los lentes ya eran de polímeros, lo que hizo que los lentes no fueran tan gruesos y se pudieran usar otro tipo de marcos más modernos y delgados, principalmente de metal. Ya no me veía tan ñoña. En los últimos semestres de la universidad comencé a trabajar y lo que me compré con el primer sueldo fueron unos lentes de contacto, semirrígidos por mi astigmatismo. Yo estaba feliz, finalmente me había librado de aquel accesorio in-mundo que me hacía ver fea. Tenía los ojos rojos todo el tiempo. Cuando me caía un sucio al ojo me dolía como si me enterraran un punzón, pero no importaba, ya no tenía que usar gafas. Aprendí a ponerme gotas en los ojos en la mitad de la calle sin necesidad de espejos, inclusive en los buses en movimiento, me quitaba y me ponía los lentes con facilidad. No me importaba la incomodidad de esos lentes semirrígidos o el dolor en los ojos, de sobra valía la pena.

Cuando me fui a hacer el doctorado a Brasil me hicieron la cirugía de los ojos y me entregaron la filmación de la operación en formato de VHS. Debía hacerme un retoque quirúrgico, pero después de ver el video no fui capaz. Igual, a todo el que me visitaba le ponía la grabación, orgullosa. Mi esposo me regañaba, porque le parecía espantoso ver cómo una máquina cortaba mi córnea y luego la levantaban para quemarme el ojo con un láser. Las visitas nunca se quejaron (al menos delante de mí). Irónicamente, después de un tiempo borré el video para grabar encima los capítulos de *Betty la Fea*, que no podía ver por estar estudiando.

Tres años después de la operación tuve que volver a usar gafas. Pero ya la moda de las gafas había avanzado mucho y había bonitos y modernos marcos. En las vitrinas de las ópticas aparecían hermosos modelos que lucían gafas y se veían muy bien. Las gafas hoy no son un karma. Son un accesorio de moda. Hay marcos bonitos, de diferentes colores. Los adolescentes las lucen con orgullo, como mi sobrina que se compra las gafas más grandes y nunca se las quita, ni para tomarse una foto... los tiempos han cambiado.

Hace algunas semanas cambié de gafas. Ya hay marcas famosas. Las mismas que hacen gafas oscuras, relojes, perfumes y tenis. Mi hijo tendrá que usar gafas por unos años para formar correctamente sus conexiones nerviosas entre los ojos y el cerebro. Yo lo veo hermoso con sus gafitas rojas flexibles, que él mismo escogió. Siempre escogerá sus gafas. Nunca lo llevaré a sitios de apariciones a pedir milagros, ni le compraré los ojitos de Santa Lucía. Lo llevaré a las iglesias para que aprecie la arquitectura. No se mejorará por un milagro divino, sino por el milagro de la óptica. Y nunca más me quitaré las gafas para una foto. Realmente superé el trauma de las gafas.